

EL GATO no puede decir lo que dará á luz. Segun lo vaya dando, ustedes lo irán viendo.

Será fino y cortés. Pero promete no hablar de política por ser cosa de gente ordinaria.

Se echará á la calle todos los sábados.

De regalos, hablaremos.

DIRECCION Y ADMINISTRACION.

Calle de San Lúcas, núm. 5,
3.º izquierda.



EL GATO tendrá una satisfaccion en que ustedes compren sus números segun vayan saliendo.

Servirá suscripciones en toda España; de tres meses, por 5 rs., por 10, de semestre y por 20 un año.

El número suelto se da por dos cuartos.

Preso, ya sería otra cosa.

PUNTOS CENTRALES DE VENTA.

Los kioscos de la Puerta del Sol.



EL GATO,

PERIÓDICO FESTIVO SATÍRICO.

NUMERO 15.

EL PROGRAMA DE EL GATO ESTÁ BASADO EN EL PROPÓSITO DE NO DEJARSE PONER EL CASCABEL.

AÑO I.

GATUPERIOS.

LAS MUJERES PINTADAS POR SÍ MISMAS.

La moda, esa voluble y caprichosa deidad, ejerce un grande y pernicioso influjo en las mujeres: esclavas de su capricho, la rinden un exajerado culto sin reparar en los resultados, y á fe mía que suelen ser de gran trascendencia en ciertos y determinados casos.

El lujo, poderoso auxiliar de la moda, es su compañero inseparable, y una consecuencia inmediata y necesaria de aquella. El lujo y la moda vñ tan unidos como los dedos de la mano; forman un consorcio tan íntimo, tan natural, tan espontáneo, que separados no tendrían razón de ser; por eso marchan siempre juntos como el cuerpo y la sombra, por eso no se concibe al uno sin la otra, como no se concibe una flor sin pétalos y sin corola.

¡Lujo!... ¡Moda!... Hé ahí los dos bellos ideales de las bellas y de las que no lo son; de las mujeres, en fin, y sobre todo, de las mujeres del siglo XIX.

Salvas algunas escepciones, en nuestros dias gastan lujo y visten de moda todas las que pueden, y gastan lujo y visten de moda, y esto es peor, muchas que no pueden.

El unido é inseparable matrimonio del lujo y la moda ha desunido y separado á muchos matrimonios y ha arruinado á no pocos.

Esta es una verdad muy triste; pero es una verdad como un templo.

No hay efecto sin causa, y generalmente la causa de semejantes resultados son los padres; esos padres bonachones, que unas veces por exagerada condescendencia, y las más por aparentar lo que no son, dejan vivir á sus hijas en una atmósfera de lujo y de riqueza en la que quieren continuar viviendo cuando llegan á tomar estado.

De aquí las cuestiones, si el marido económico y arreglado, quiere tirar de la cuerda: y detrás de las cuestiones, la mayor parte de las veces suele venir el escándalo de la separación.

¡Ved si son trascendentales las consecuencias de un exajerado culto á la caprichosa moda!

¡La moda!... Hoy día las mujeres de mundo, las *Traviatas de alto rango*, y permitaseme la frase, prestan á las mujeres de la aristocracia, y de la clase media, sus modistas, sus costureras, y sus perfumistas. Los proveedores ordinarios del vicio, son los que preparan hoy día el lujo extraordinario de la virtud.

Hay modas tan exajeradas, tan ridiculas casi siempre, tan especiales, tan *sui generis*, que parecen inventadas sólo para ciertas mujeres; y sin embargo, las mujeres decentes no tienen inconveniente en adoptarlas sin averiguar su procedencia.

Un peinado, por ejemplo, sea ó no exajerado, sea ó no de buen gusto, venga de donde viniere, ¿es de moda?... Si; pues para ellas es lo bastante, ya no hay más que hablar.

Y si las haceis argumentos, si las decís que el peinado es ridiculo, que no las sienta bien, no discutirán con vosotros ni tratarán de probaros lo contrario, sino que saldrán del paso pronunciando con tono de convicción la frase sacramental de... *Es de moda*.

¡Ah! ¡mujeres... ¡Cuánto capricho!... ¡Cuánta frivolidad!... ¡Sacrificais á la moda vuestra belleza?... ¡Consentís en parecer menos hermosas por rendir culto á la moda?... No lo creyera á no verlo; pero los hechos son muy elocuentes, la realidad me ha convencido, y no puedo menos de exclamar... ¡Mujeres!... ¡Mujeres!... Estais definidas: vosotras mismas habeis hecho vuestra apologia!...

El hábito no hace al monje... dice un adagio

vulgar, y en su consecuencia podrá tambien decirse que *los volantes no hacen la mujer*.

Esto podrá ser muy cierto, aunque, en absoluto, y dados los tiempos que corremos, yo no esté muy conforme con el adagio. Podrá ser muy cierto, repito, pero no lo es ménos que el mundo es malicioso y suspicaz, y que generalmente juzga por las apariencias.

Y como casi siempre engañan las apariencias, de aquí que no pocas veces se calumnia á la mujer más virtuosa y honrada, viéndola llevar ciertas modas, viéndola usar unos sombreros y unos vestidos que sin duda están destinados para una clase á la cual por su fortuna no pertenece.

Ese afán de vestirse de una manera exajerada y llamativa, por decirlo así; esa imitación servil de ciertas modas, no puede ménos de ser peligrosa, y peligrosa en extremo, para las mujeres honradas.

Cuando una mujer, vestida de esa manera exajerada, se presenta en publico, cuando una mujer á la moda sale á la calle, ocupa toda la acera, obstruye la circulacion, y hasta ofende á la moral; se la vé pasar con sus volantes, como se vé pasar á los globos.

Llama demasiado la atencion, todos se fijan en ella, se la mira, y es muy posible una equivocacion.

Supongamos por un momento una mujer casada, virtuosa y honrada como la que más, pero vestida con un lujo exajerado y fiel imitadora de ciertas modas; puede muy bien suceder, y ya há sucedido, que esa mujer tropiece en la calle con un seductor de oficio, un aventurero, que primero la mira, despues la sigue, luego la sonríe, y finalmente, se acerca á ella, la habla, y si á mano viene, hasta la tutea.

Tampoco tendría nada de particular, que al día siguiente la remitiera el pirata calleje-

ro una epistola amorosa acompañada de un ramo, y que el ramo y la carta cayeran en poder del marido.

¡Júzguese si podían ser fatales para esa virtuosa mujer las consecuencias de un lujo exajerado!... ¡Vease si la imitación de ciertas modas puede ser en extremo peligrosa para las mujeres honradas!...

Si las mujeres decentes reflexionáran, comprenderían sin ningún trabajo que la mejor hermosura es la hermosura modesta; que un lujo exajerado no las dá un quilate de valor, y que por el contrario, puede suceder muy fácilmente, que por rendir tributo á la moda, sacrifiquen su reputación y su fama.

Pero aun no he concluido, aun me queda lo mejor; como vulgarmente se dice, *me falta el rabo por desollar*.

Las mujeres honradas no se contentan con vestirse como las que no lo son, sino que han adoptado una moda, han imaginado una locura que completa el conjunto equivoco de su tocado; han inventado *pintarse el rostro*.

Se dedican al arte de pintar delante de un espejo; se pintan caras de paseo y caras de baile; se pintan lunares, se pintan las cejas, los labios, las manos... en fin, ya no son mujeres, son... *pasteles*.

Hoy día, un teatro cualquiera, más que teatro es un salon de la Esposicion de pinturas, y las mujeres son figuras animadas *pintadas al fresco* que se han reunido allí para disputarse el premio.

En la actualidad, casi todas las mujeres saben pintar; ellas mismas hacen su retrato sobre su cara; es el último golpe del pincel de la moda.

¿Es posible, adoradas hijas de Eva, que á tal extremo hayais llegado?... ¿Es posible que no comprendais lo exajerada, lo ridícula, y hasta lo poco limpia que es semejante moda?...

Así lo debo creer á juzgar por el afán y por la fruicion con que os dedicais á *embadurnaros la cara*.

¡Qué lástima de tiempo el que empleais en dar *carmin* á los labios y *rosa* á las mejillas!...

Y de segno, y esto es lo más triste, la mayor parte de las que al parecer son tan hábiles para manejar el pincel y la brocha con los polvos de arroz, ó no saben para qué sirven la aguja y el dedal, ó si lo saben, no se les ocurre una vez siquiera cogerlos en sus manos para marcar un pañuelo ó para hacer un *doblado*.

Por otra parte... ¿Qué objeto se proponen las que se pintan?... ¿Parecernos más hermosas?... ¿Agradarnos más?... Pues se equivocan de medio á medio, porque producen precisamente el efecto contrario.

A la generalidad de los hombres, una mujer pintada, le causa repugnancia; y cuenta que no exajero al espresarme así.

Mujer que te pintas... ¿Quiéres saber lo que dice uno cualquiera de nosotros al verte pasar á su lado en la calle ó en el paseo?... Pues oye; el más comedido, el más prudente, esclama en tono despreciativo... «¡Cuánta mano de gato!... ¡Qué pintada vá!... ¡Qué casta de pájaro será esa!...»

Las mujeres que se pintan, tienen muy mal concepto en la sociedad actual; el juicio será aventurado, podrá no tener fundamento, y por fortuna muchas veces no le tiene, pero he dicho y repito que el mundo juzga por las apariencias, y con razon ó sin ella, el mundo echa

un borron sobre la reputacion y la fama de las mujeres que se pintan.

Penetrad en el gabinete de una mujer á la moda, y acaso no vereis en él el neceser de la costura ó los útiles necesarios para hacer labor; pero si pasais los umbrales de su tocador, de seguro hallareis allí todo lo preciso para pintarse el semblante, como los *pinceles*, el *blanquete* y *colorete*, el *blanco rosa* si es rubia, el *blanco amarillo* si es morena, el *blanco nieve* para las espaldas cuando va escotada, y el *negro melancólico* para los ojos.

En la cara de una mujer á la moda todo es postizo, nada hay natural: el cutis, los labios, las cejas... ¡todo es *pintura*!...

Mujer hay, que el que la viera momentos despues de dejar el lecho, la creeria nacida bajo el ardiente sol de Andalucía, y sin embargo, esa misma mujer se presenta por la tarde en el paseo tan *blanca* y tan *rubia*, que cualquiera la tomara por una hija de la nebulosa Albion.

Las mujeres en esta parte, no hacen más que seguir la corriente del siglo; y así como hoy día nadie está contento con su suerte, ellas no están contentas con ser lo que son. La que es morena quiere ser rubia; la que tiene el color sonrosado quiere ser pálida, y para conseguirlo recurren al artificio, se dedican al arte de *Apeles*.

Las mujeres, al trasformarse de esa manera, no parece sino que quieren enmendar la plana al Supremo Hacedor.

Una morena convertida en rubia por obra y gracia de la pintura, al presentarse en la calle con aire de triunfo y satisfecha de si misma, parece decirle á Dios... «Tú me formaste con el pelo negro y la tez morena, y á mi me agrada más el cabello rubio y el cutis blanco y sonrosado... ¿Ves qué hermosa estoy?... Tú no sabes lo que te has hecho...»

Vosotras las que os pintais, si que no sabeis lo que traeis entre manos, pues si lo supierais no os pondriais en la cara esa pintura y esas sustancias extrañas, que en vez de hermosearos os afean, y en vez de conservar vuestro cutis fresco, le ajan antes de tiempo.

Si lo supierais, en vez de pintaros, en vez de adornaros con esas galas ridículas y ese lujo exajerado, tendriais presente que la *naturalidad* y la *sencillez* deben ser las cualidades inseparables de la mujer, y que su verdadera gala y atavio debè ser la *modestia*.

No sé si *habré predicado en desierto*, pero de todos modos, me quedará la satisfaccion de haber contribuido con mis escasas fuerzas á poner en ridiculo ese lujo exajerado y esas modas extravagantes y de mal género, que era el objeto que me proponia.

Entre tanto... Dios me libre de las mujeres á la moda, y aficionadas á un lujo excesivo; y, sobre todo, Dios me libre de *las mujeres pintadas por sí mismas*.

José Bustillo.

DOLORA.

Un clavo saca otro clavo.
y un amor borra otro amor.

¡Ay Catalina! perdona esta amorosa inconstancia; la ausencia todo lo abona: ¡es cosa tan monotoná amarse á tanta distancia!

Es cierto que á mi partida eterno amor te jure, olvidando aquello de «todo en el mundo se olvida.»

¿Quién entonces nos diria que la ausencia, vida mia, marchita las ilusiones? ¿Cuánto cambian en un día los humanos corazones!

Y pues te olvido, mi bien, olvidame tú tambien; porque dice Campoamor, «que la inconstancia es el cielo

que el Señor abre al fin para consuelo á los mártires de amor.»

Por lo mismo, no será grande el exceso, mi embeleso, de tu sentimentalismo; porque al cabo,

(calme un refran tu dolor); un clavo saca otro clavo, y un amor borra otro amor.

VIDAS AJENAS.

El Marido cominero.

Entre las infinitas especies del género *marido*, no clasificado por Buffon, ni otro naturalista, pero descrito por todos los gacetilleros del mundo, resalta como el leon sobre los demás cuadrúpedos el *Marido cominero*. Imposible es fijar la época en que se descubrió la existencia de esta especie, que no es nueva ni escasa, gracias á la gracia conyugal.

He oído hablar á una señora, muy guapa, á fé mia, que odiaba á su marido, y decia que deseaba dejarle viudo, ó tener un motivo para entablar demanda de divorcio en forma. Esta señora al hablar así era culpable; pero yo, juez de derecho natural, la hubiese absuelto completamente del crimen anti-racional é irreligioso de desear la muerte, y del anti-social de aborrecer á su esposo; porque este era *cominero*.

No hay nada, no puede existir en la tierra un ente más digno de lástima que el *Marido cominero*, ni mujer más desgraciada que la esposa de tal prógimo, si prógimo puede llamarse un hombre que espuma los pucheros y hace calceta.

Cuando la mujer ha abogado en las famosas asambleas femeninas de los Estados-Unidos por su independencia y derechos, el *cominero* debía tambien haber celebrado, en union con sus compañeros de hermafrodismo social, un *meeting*, en el que hubiese pedido á los poderes actualmente constituidos, el derecho de llevar sombrero á la *Pamela*, mirifiqué de ballenas y ridiculo. Es una concesion que yo les hubiese hecho, en el caso de ser ministro de la gobernacion por solo un día.

El marido cominero, que es la pejuguera más grande de una casa, no debía en el trato social confundirse nunca con el hombre, ni ménos con el marido de otra especie que la suya. El marido cominero no es hombre, no pertenece al sexo, y debe eliminarse de la categoría de los animales racionales machos, que se pueden nombrar como tales. Yollamo la atencion de los maridos sobre este punto, y si alguna vez entro en la coyunda, trabajaré por formar una liga ofensiva y defensiva contra el marido cominero. La gran polilla de la fé conyugal es ese hombre que habla con voz de marica, que todo lo huele y lo prueba, que mete el cuerpo en todas partes, que sabe cuanto hilo gasta una camisa, que se entera del precio de los comestibles, y guarda en su poder los chorizos del cocido porque no saben en su casa conservarlos *tiernecitos y frescos*.

Vedle; ahí está con su bata de percal verde á ramos, su gorro de la misma tela, calzadas unas babuchas negras de orillo, colorado como

un tomate, cazo en mano, arremangado hasta el codo, puesta en guardia la nariz, prevenida la lengua, atento al bullir de las cacerolas y al chispear del fuego, rodeado de ingredientes culinarios, probando de todo, gruñendo á su señora, gritando á la criada, riñendo á los niños de su mujer; vedle: ahí está en la plenitud de su ejercicio.

—¿De dónde habeis traído estos garbanzos?

—Señor, contesta la criada, de casa de Valentin; el tendero de la esquina.

—¡Voto á.....! replica enfurecido: ¿no tengo dicho que es más blando y más suave el garbanzo del valenciano?

—Pero, señor, si..... balbucea la fámula.

—Calla, calla, añade el cominero; ¿dónde está la cuchara de palo que servia para el pimenton?

—Hombre, se rompió hace cuatro ó cinco dias, responde la esposa.

—¿Cómo! ¿Si ayer eché con ella las especias al guisado!

—Pues por ahí estará.

—Pues, vamos, á buscarla, á buscarla, que no debe haberse perdido.

Más tarde recoge del suelo un pañuelo viejo que el niño mayorcito habia convertido en bandera, y le entrega á su mujer, encargándole que lo utilice en la cocina para rodilla. Guarda escrupulosamente los sobres de las cartas que recibe, y los coloca en el único lugar en que pueden hacer papel, cuidando de que nunca falten. Muchas veces se le vé cosiendo en su despacho un boton de los calzoncillos, ó quitando una mancha al vestido de la señora. Dá papilla á los niños cuando todavía están mamando, y deplora tristemente no poder aliviar á la nodriza en su trabajo de alimentacion infantil.

—Juana, dice á la criada, tráigame Vd. el quinqué del gabinete y polvos de Segovia, que voy á limpiarle.

—Serafina, grita á su esposa, dame la botita que rompiste ayer tarde en el Prado; veré si puedo componerla.

—Niño, si tienes papel te haré unas pajarritas.

—Señorito, contesta Juana, si el quinqué está limpio de ayer!

—No importa, tráigale Vd.

—Pero hombre, si la bota no tiene composura, si necesito otras nuevas!

—¿Qué sabes tú, tío, de echarle un remiendo.

—Papá, lloriquea el parvulito, yo no quiero pájaras, yo quiero un sable.....

—Pues anda por una caña, y te la fabricaré.

Hay que hacer justicia al marido cominero. Generalmente es diestro y económico. El hace la compra en la plazuela inmediata, para lo cual sale todas las mañanas con un saco ó taleguillo bajo del brazo, embozado en su capa aun en el mes de agosto, y vuelve con una carga de lechugas, pepinos, berzas, carne, jamon, azúcar y peces del Jarama. Riñe con las verduleras, tutea á los carniceros y saluda á todos los horteras de géneros ultramarinos de los alrededores de su casa. Compra el carbon al por mayor á los arrieros que se presentan á su puerta, lo que le suministra la ventaja de ser engañado muy á menudo, y pregunta á su Serafina antes de salir cuánta y de qué color quiere la seda ó el hilo que necesita.

El marido cominero es fuerte en la mecánica. Segun él, es indispensable saber llenar un vaso de agua, componer una silla ó coser un cordón á su bata, con mecánica. El que no posee el arte sublime del mecanismo no puede ser buen amo de su casa. Este y el de la economía doméstica son sus estudios únicos. Su mujer dice que el cariño que la profesa es hasta cierto punto económico-doméstico, y sus pruebas de afecto, mecánicas.

No es difícil ver al marido cominero que vuelve á su casa con un caballito de carton para el niño, debajo del brazo inquierdo, el baston debajo del derecho y un pañuelo en el mismo, atado por sus cuatro puntas, en el que ha depositado tres libras de moscatel, llevando amen de tanto embebeco, un melon en la una mano y una libra de requeson en la otra.

Al entrar en el hogar doméstico pregunta á su mujer si ha salido, á quien ha visto, qué le han dicho, si ha traído el aguador la cuba que

debía, y si la lavandera se ha llevado la ropa sucia. Por su parte, cuenta que ha encontrado á la Beatriz, que le ha llorado mil lástimas y que por último ha tenido que decirla:

—Pues, hija, yo lo siento, pero ya ves, los tiempos son tan malos, y mi mujer está en el octavo mes..... Yo no puedo hacer nada por ahora.

Hace unos cuantos dias me hallaba yo en una reunion de amigos; hablábamos de politica. Uno de los entes cuya descripcion acabo de hacer con tanto desaliño, se dirige á mi y me pregunta;

—Diga usted, amigo, ¿cómo están las patatas en el mercado del Carmen?

Lé mire de alto á bajo y no le contesté. El cominero prosiguió:

—Acabo de comprar seis libras de pimenton tan rico..... que mi mujer se ha quedado sorprendida de mi talento.

Estas palabras dicen más claro que mi articulo las buenas cualidades del Marido cominero.

FEDERICO VILLALVA.

¡MELANCOLIA!.....

Triste me ves en mi balcon, Dorisa:

triste, en tu calle, sin cesar me encuentras;

triste me has sorprendido muchas veces,

llorando á rienda suelta.....

¡Y tú, Dorisa, corazon de roca,

saber la causa de mi mal deseas,

y descubrir pretendes el arcano

de mi mortal tristeza?.....

No lo sabrás, que en eternal silencio,

no exhalará mi pecho ni una queja,

pues me falta valor para decirte

la causa de mis penas!.....

¿No presumes cuál es? En este caso

la causa te diré, ya que te empeñas.....

es..... que no tengo un cuarto, vida mia,

ni de donde me venga!.....

RICARDO SEPÚLVEDA.

PREGUNTAS SUELTAS.

P. ¿Para qué hizo Dios á la mujer?

Una pollita. R. Para hacer la vida de la mona, tan pronto en la reja, tan pronto en la calle.

La mamá. R. Para ser suegra.

Una viudita. R. Para otra casaca.

Una casada. R. ¿Para llevar los calzones!

Una santurrón. R. Para pasar cuentas.

Una criada. R. Para sisar en las cuentas.

Una novicia. R. Para ser monja.

La doncella de mi casa. R. Para salir de doncella.

Coro de hombres altos y bajos, negros y blancos, turcos y rusos. R. Para sacarnos una costilla.

P. ¿El demonio cómo las tienta?

R. Bajo el disfraz de una capota, de un moiré antique ó de un pañolón de ocho puntas.

P. ¿Y cómo más?

R. Apretando corsés, almidonando miriñaques ó vendiendo blanquete.

P. ¿Y nada más?

R. Dándolas nervios, tijeras y lengua.

P. ¿Y nada más?

R. Soprándolas al oído «tu vecina es más bonita, la viudedad del vecino, en la vecindad no hay chismes, vecinito está al paseo, vecinita al tocador, etc., etc.»

P. ¿De veras nada más?

R. Ah, si; haciéndolas amigas de las celestas, de las pesetas falsas, de los osos, gatos, falderos y otros animales.

P. ¿Cuántas se salcan?

R. Las que no gastan la pólvora en salcas. Las que salcan á los maridos de las penas del Purgatorio.

Las Salvadoras, aunque pierdan á medio mundo.

Las que, salva la parte siempre se salen con lo que se las pone en el moño.

Las que se lavan con salcado para suavizar el cutis.

Las que en la iglesia rezan bajito la salve y en su casa levantan el ergo.

Las literatas que siempre tienen delante obleas, tintero y salvadera, y otra porcion de salviedades que salco de propósito.

P. ¿Quiénes son los paganos?

R. Los buenos cristianos descendientes por linea recta del linfático Job, alistados forzosa ó voluntariamente en las beneméritas filas de los papás, maridos y demás gente del trueno.

P. ¿Las mujeres cómo nos tientan?

R. Hablándonos de media naranja, de partir un piñon ó de hacer buenas migas con el pan de la boda.

P. ¿Y contra estas tentaciones, qué remedio?

R. Tentarse la ropa antes de tentar el vado.

P. ¿Cuál es mejor, el hombre ó la mujer?

R. El ensanche de la Puerta del Sol, que no es mejor, sino mejora.

RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN.

DOLORA.

¿Cuánto nos equivocamos en los cálculos que hacemos.

EL ESCOLAR.

Yo he sido el primero, Clara,

que de tu amor al reclamo

el suyo te consagrara;

quizás el que pronunciara

de buena fé—¡yo te amo!

Y de buenas á primeras

esclavó de tu hermosura

me vi, quieras ó no quieras;

más fué pedir tu ternura

demandar al olmo peras.

Pues si es cierto, vida mia,

que mi pasión escuchaste

con trasportes de alegría;

no es menos que diste al traste

con mi amorosa porfia.

Y al fin, era de esperar

un trueno tan espantoso,

pues nos cansaba á la par

tanto y tanto hacer el oso

y tanto telegrafear.

Más te juro, por mi vida,

que si bien he dado ya

la esperanza por perdida

por que tarde las olvida

el que malas mañas há;

Espero que se equilibre

de nuestra balanza el peso,

pero sino ¡Dios me libre!

un hombre de mi calibre

no ha de aburrirse por eso.

Encomendaré al olvido

(obrando en ello muy cuerdo)

cuánto un dia te he querido,

porque del tiempo perdido

me martiriza el recuerdo.

Y verás, tarde ó temprano,
que hoy en valde no imagino
que salga mi empeño en vano;
*aunque no siempre el camino
por todas partes es llano.*

Si de este lance el disgusto
por mi mal me mortifica,
recordar será muy justo,
*que mal sufrido con gusto
suelen decir que no pica.*

Y no te seré importuno
con mis eternas disputas;
que dudo mucho que alguno
*pescase en tiempo ninguno
truchas á bragas enjutas.*

Con que así no nos quejemos,
pues convencidos estamos
y ambos á la par sabemos,
*cuánto nos equivocamos
en los cálculos que hacemos.*

JOSÉ CORRÉS LLANOS.

A CAZA DE GANGAS.

Cazador y pescador.
Hermanos de leche son.
En qué se parece un cazador al sastre re-
mendón de mi portal?
En que ambos andan siempre en busca de
piezas.

Y á una pera?
En que siempre es-pera.
Y á un jamelgo de un simon?
En que tira tarde y mal.
Y á un ómnibus que vá á los toros?
En que cuando vuelve, vuelve de vacío.

Y... pero basta de semblanzas y alusiones
personales. ¿Creeis que es lícito reírse del hon-
rado ciudadano que á impulsos de su horror á
las fieras, sale por los *férraces y floridos* campos
que á Madrid circundan á ser, escopeta en ma-
no, el Herodes de las liebres ó el Neron de los
gorriones? ¿Creeis en conciencia que podremos
burlarnos de ese Nemrod con polainas que en
vez de un conejo caza un tabardillo, y por sal-
tar un vallado se desconcierta una rótula, y
persiguiendo á una abubilla vá á parar á Le-
ganés hasta que, al fin,

Mustio y cansado, á espaldas la escopeta,
Con el morral y estómago vacíos,
Torna á su hogar donde su mente inquieta
Para otra lid le presta nuevos bríos?

¿Con que creeis que es lícito burlarse? Pues
estais engañados, queridos lectores; para ir
de caza no se necesita llevar atacados botines,
morral á la espalda, ni chambergo de color
problemático.

¿Qué hace la *campanuda* pollita que baja al
Prado, feriendo miradas, entreabriendo ceta-
jes, y cimbreado hojarasca sino ir á caza de
novio?

¿A qué vá el *esflautado* polluelo tras esa niña
bisoja, diluviando requiebros, tosiendo amo-
rios y amerengando mentiras sino á caza de un
dote?

Y el *sulfuroso* patriota y mamá casamentera,
¿no van el uno á caza de un empleo, y la otra
de un buen yerno?

¿No están siempre á caza, el escribano de fir-
mas, el monacillo de aceite, la beata de nove-
nas, el agiotista de *primos*, los suscritores de
primas, el literato de *cuartos*, el comerciante
de *cuartas*, los filo-rusos de *turcos* y el polizon-
te de *turcas*?...

Pues entonces, si todos, con estos ó aquellos
avíos en mayor ó menorescala, nos dedicamos
en este mundo á la *innocente* *diversión* de la caza;
¿por qué teniendo una viga en el ojo vamos á
criticar la paja en el ajeno?

El mundo y del mundo España es un soto
cerrado, un campo de Agramante en que cada
quisque vá olfateando á manera de intelligen-
te sabueso, la rica caza que bajo el nombre
de entorchados, *tíos* ricos, *primos* tontos, *suel-*
dos *gangas*, *pollitas* de buena pluma, *gatos* de
viuda, etc., etc., saltan, se escurren, brincan
y corren por calles y plazuelas, tiendas y
paseos.

Pero bueno será que empecemos á mirar la
cuestión bajo su aspecto filosófico y social.
Entre los chinos...

¿Qué me cuentas, querido Luis; con que
mi vecina del cuarto segundo?...

Chico, es riquísima, tiene dehesas, ye-
guadas... millones.

¡Maldición!!! tiro la pluma, me pongo las
botas, me presento á la mamá y...

Adios, lector mío, que me voy de caza.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

GATADAS.

Há llovido mucho; casi todo el mes de mayo
ha estado lloviendo.

En estos meses de agua es en los que brilla
en todo su esplendor el abandono en que se
halla cuanto atañe á la jurisdicción del señor
que no corrige.

Ho hay calle que no esté llena de pozos, ni
acera sin esquinas entrantes y salientes, ni
trozo de asfalto que no tenga el as de sobra.

Con todos estos dibujos del piso, los cana-
lones *eternos* sobre las cabezas y la *muerta* luz
del gas para ayudarnos... á caer, ya se com-
prende si las locuras del jovencito mayo nos
habrán hecho gracia.

Tanto abandono, gran señor, añije,

y hoy repito, señor,

que «si usia los males no corrige,
no es tal corregidor.»

Sabrán ustedes como el pan tiene ya su cor-
respondiente cola, por no ser ménos que el
Banco y las oficinas del Giro mútuo.

Hay gentes que se proveen de pan para se-
manas enteras, por no sé qué aprensión mez-
clada de *canguellitis* que les ha entrado. Así es
que se ven en ciertas tahonas muchas perso-
nas que acuden á *tomar vez* para que no les
falte el pan *suyo* de cada día.

EL GATO enarbola el rabo,

y dice, al ver tales cosas:

«si habrá *peces* en Madrid,
cuando hasta el pan tiene cola?»

¿En qué se parecen las poesías de encargo á
las mujeres?

—En que por casualidad sale una buena.

¿En que se parece el reloj de la Puerta del
Sol á un caballo sin picadero?

—En que anda descompuesto.

Lleno de aprension un caballero rico, llamó
á un médico para que le curase del mal que
creia tener. Acudió, como era de su deber, el
facultativo; tomóle el pulso, le examinó la
lengua, y se persuadió de que ninguna enfer-
medad aquejaba á su cliente:

—¿Comé Vd. bien? le preguntó.

—¡Ay! ¡si señor! con demasiado apetito.

—¿Duerme Vd. bien?

—Como un lirón.

—Pues pierda Vd. cuidado, repuso el facul-
tativo, que yo le daré á Vd. con que se le qui-
te todo eso.

—¿En qué se parece la lumbre á la sed?

—En que se apaga con agua.

—Y un carnicero á una camisa?

—En que está junto á la carne.

—Y un albañil á un pájaro?

—En que pica.

—¿Y un cesante á una *prima donna*?

—En que trína.

—¿Y el sol á un huevo?

—En que se pone.

Un mozo de café
por acortar el gas, rompió un quinqué.
*Los inventos del siglo diez y nueve
no son para tratados por la plebe.*

Un cazador, limpiando su escopeta,
se tragó la baqueta;
y á la noche siguiente
la lavó su mujer con aguardiente.
*Sucedén ciertas cosas en la vida
que no son más que entrada por salida.*

Solucion de la charada anterior.

Mientras duerme el sibarita,
el sufrido centinela
la noche se pasa en vela
encerrado en su garita.

Para su insercion, remite un suscriptor la si-
guiente clarísima

CHARADA.

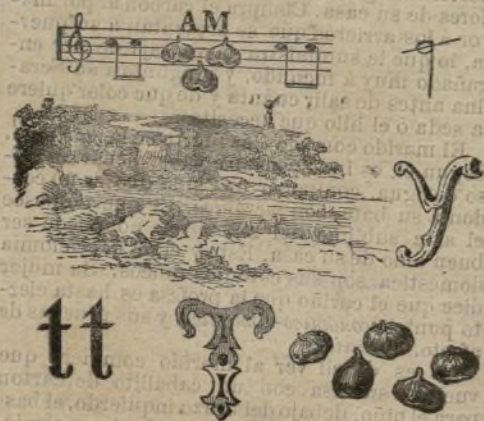
Como mi *prima* con *tercia*
á unos cuadrúpedos llaman
que me dan todas las tardes
un líquido que me agrada.
En la *prima* con *segunda*
lector, quisieras estar,
donde en verano los días
rápidamente se van.
La *primera* se le dice
al que parado no está;
y tambien al caminante
que veas presto marchar.
La *segunda* con *primera*
muy fácilmente sabrás
que es de un verbo indicativo
conjugado por amar
Te dire, por si no sabes
lo que es la charada ya,
que el *todo* es un pueblecito
que de Madrid cerca está.

UN SUSCRITOR.

Solucion del geroglífico anterior.

Antes que te cases, mira lo que haces.

GEROGLÍFICO.



DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE,
EDUARDO BUSTILLO.

MADRID.—1866.

IMPRENTA UNIVERSAL, Á CARGO DE LUCAS POLO,
Calle de las Torres 6 y 8, bajo